

SAN LUIS MARIA GRIGNION DE MONTFORT



Su fiesta es el 28 de Abril

¿Como estas, hermano?

Los Santos son nuestros intercesores y también nuestros grandes ejemplos que nos ayuda a seguir a nuestro Señor Jesucristo.

Cuando ya era famoso por toda Francia llegó un día al convento que su hermano José Pedro era el sacerdote sacristán del Convento. Su hermano no le reconoció porque San Luis María iba bastante desaliñado... y el Santo le dijo:

—«Oiga, hermano, ¿podré celebrar?»

—Sí, —contestó secamente y de mal humor porque le había llamado hermano.

—Hermano, ¿podría celebrar la Misa de la Virgen?»

—Sí, — contestó más secamente todavía el Padre José Pedro».

Y dijo para sus adentros:

—«Si me vuelve a llamar Hermano le diré que soy Padre y de los graduados...»

Al final de la Santa Misa dijo el Padre José Pedro al acompañante del Abate Grignon:

—«¿Pero quién es este cura tan desagradable?»

—¿No lo han conocido? Es el Abate Grignon de Montfort».

Corrió a abrazarlo y a pedirle perdón... por no haberle reconocido y no haberle puesto los ornamentos más hermosos de la sacristía... pero el Santo le despidió diciendo:

—«Ahora que me conoces y sabes que soy tu hermano tantos agasajos... y antes así te llamé yo y te lo pedí en nombre de Cristo y te di el nombre más bello, el de Hermano, y porque estás lleno de orgullo no quisiste hacerme caso. Que Dios te ampare, hermano, y que aprendas a tratar a todos como si fuera al mismo Cristo...»

Esta lección ayudó a su hermano a ser más humilde y acogedor de todos los visitantes...



« Gran amor a la santísima virgen María »

Vivió en la tierra 43 años pero que se distinguió sobre todo EN SU GRAN AMOR A LA SANTISIMA VIRGEN MARIA...

Eran aquellos años de dura lucha contra los herejes jansenistas que lo avasallaban todo de la Iglesia...

Los jansenistas eran un grupo de personas que enfatiza el pecado original, la depravación humana, la necesidad de la gracia divina que salvará sólo a aquellos a quienes les fue concedida desde su nacimiento y por lo tanto no es necesario rezar.

Un día estaba predicando San Luis María con todo fervor cuando se levantó un hombre sesudo del auditorio y dijo:

—«Padre Luis, ¿no le parece que es perder el tiempo con las devociones que practican muchas de nuestras mujeres?...

—No querido amigo, no. Algunos creen que el rezo del santo Rosario, el vestir el Escapulario del Carmen, etc... es propio de gente que no sabe leer ni escribir y que es el único medio que tienen para llegar a salvarse. Nada más falso. Estas devociones son medios muy oportunos para la salvación y no «son devoción de mujercillas» como algunos falsa y calumniosamente las califican. Si quieres tener un medio fácil y seguro de evitar el pecado, practica la auténtica devoción a la Virgen María y practica estas devociones que tradicionalmente ha vivido la Iglesia y que tanto bien han hecho a tantas almas...»

Aquel señor barbudo... se sentó y tanto él como los demás caballeros que asistían al Sermón de aquel celoso misionero quedaron bien informados de esta verdad...



«Serás Sacerdote»

Sus padres eran buenas personas aunque su padre un tanto autoritario y de carácter un tanto duro e introvertido. Quizá de él adquirió el suyo un poco parecido nuestro santo aunque trató siempre de dulcificarlo y dominarlo...

Fue San Luis María el segundo de los dieciocho hijos que el cielo concedió a aquel ejemplar matrimonio de Juan Bautista Grignon y Juana Robert de la Biceule...

Nació en Montfort, pueblecito de la Bretaña francesa de donde tomó el sobrenombre con que es conocido...

Al nacer el 31 de enero de 1673 y no poderle criar su madre lo hizo una excelente cristiana quien devolvió al niño a la casa paterna el mismo día de la Virgen del Carmen del 1675. Todo un presagio.

Todas las noches se rezaba el Santo Rosario en aquella casa y además de bendecir la mesa se leían las Vidas de los Santos de cada día. El Señor bendijo a sus padres dándoles tres hijos sacerdotes y tres hijas religiosas.

Al confirmarse, como amaba tanto a la Santísima Virgen María... añadió el sobrenombre de María que siempre unía al suyo de bautismo y que con él es hoy conocido.

En casa más de una noche, por efectos del duro carácter de su padre, hubo de irse a dormir sin cenar. Su madre era más dulce y delicada. Él se parecerá más a su padre.

Como le atraían más los libros que los campos bretones fue enviado a un colegio próximo que regentaban los padres jesuitas.

En cuanto llegó al Colegio dió su nombre a la Congregación Mariana que estaba en todo su esplendor.

Visitaba con frecuencia la Iglesia de los Padres carmelitas de aquella ciudad de Rennes —famosa por la santidad de vida de aquellos religiosos y un día orando ante la Virgen oyó que le llamaban al sacerdocio...



Como un ángel

Le gustaba sobre todo rezar ante la Virgen de la PAZ que se veneraba en la citada iglesia de los carmelitas de Rennes.

Allí pasaba cuantos ratos le dejaban libre sus estudios a los que por otra parte se entregó de lleno para cumplir la misión de prepararse para aquella meta que un día le había dicho la misma Virgen de la Paz:

—Un día estaba rezando fervorosamente antes esta imagen... Abrió el corazón a la Madre del cielo y reina de los carmelitas...

Le pidió que le manifestase sus deseos y los de su divino Hijo sobre él... y oyó en su interior una voz que le decía:
—«Serás sacerdote...»

Saltó de alegría en su corazón... No notificó de momento a nadie aquel secreto. Era demasiado sagrado y grande para que fuera disipado o malentendido por los mundanos... Pero él lo meditaba día y noche y no se sentía digno de don tan grande...

Después de los ocho años de estudios en el Colegio de los padres jesuitas de Rennes marchó a París para entregarse a los estudios de teología que estudió con seriedad y dedicación durante ocho años.

Los profesores elogiaban su ingenio y su gran aprovechamiento. Sus discípulos acudían a él para que les solucionara sus dificultades...

En 1700 fue ordenado sacerdote y pocos días después celebraba su Primera misa en el altar de Nuestra Sra. de San Sulpicio ante la cual tantas horas había pasado hablando amorosamente con la Madre Amable...

Su gran amigo Blain decía que cuando celebraba la Eucaristía «lo hacía como un ángel...»



Estuve enfermo y me visitaste...

Muchas y bellas páginas se han escrito sobre el Sermón del Monte o las Bienaventuranzas... Allí nuestro Señor nos marcó la meta a la que todos los cristianos estamos llamados a llegar... Pero ¡está tan alta!...

El joven Luis María quiso alcanzar o mejor tratar de siempre subir, y subir, hacia esta meta... sin jamás detenerse...

Y para ello él sabía muy bien que una de las metas es parecerse al Señor que iba siempre por todas partes haciendo bien y que nos predicó sobre todo con sus ejemplos de vivencia de todas las obras de misericordia...

Una de ellas según dice el Evangelista San Mateo en el cap. 25 nos dirá al final de la vida, en el día del juicio: «Estuve enfermo y me vinisteis a ver...»

El ya joven sacerdote Luis María buscó con todas sus ansias a ver cual sería su verdadera vocación... Y vio que el Señor le llevaba por la del cuidado de los enfermos...

Un día yendo por la calle hacia la Iglesia para celebrar la Eucaristía vio a un hombre que no podía ni moverse, le saludó:

—¿Oiga, buen hombre, dónde vive Usted?

—¿Yo vivir, hijo mío? Yo no vivo en ninguna parte. No tengo a nadie en este mundo. Voy de puerta en puerta y me encuentro muy enfermo. Voy a morirme...

—No, mire yo quiero ayudarle. Yo le llevaré a un lugar donde se le atenderá bien y usted, se volverá a poner bien...

Cargó con él sobre sus hombros y lo llevó hasta el hospital de Poitiers donde él hacía de capellán y enfermero a la vez...

Por este y otros acontecimientos parecidos fue despedido tres veces del Hospital... Pero él seguía haciendo obras de caridad y curando los cuerpos y las almas.



TOULUS
FORTO.

Ataca a los jansenistas

Desde un principio ha habido en la Iglesia herejes que han intentado destruirla o sembrar dentro de ella la cizaña de que habla el Santo Evangelio...

—¿Recuerdas la parábola que nos enseñó Jesús?...

Un día un hombre sembró buena semilla en su campo pero mientras dormía unos enemigos suyos fueron allá y sembraron también la cizaña... Al nacer el trigo también nació con ella la cizaña... y esta amenazaba ahogar el trigo... Los criados del amo le dijeron:

—«Señor ¿quieres que vayamos a arrancar la cizaña?...

—No, no sea que al arrancarla arrancarán también el trigo. Es mejor que la dejen crecer... y cuando llegue el tiempo de la siega diré a mis segadores: Siegen primero el trigo bueno y llevenlo a los graneros y después siegen también la cizaña y echenla al fuego...»

En los años que Luis María se ordena sacerdote en Francia, su Patria, estaba en todo su furor la herejía del jansenismo que había sembrado un clérigo y que según él había sacado de la Sagrada Escritura...

Eran una sarta de exageraciones y directrices contrarias a la fe que durante siglos había enseñado la Iglesia. Nos hacían a un Dios castigador y lejano... Se burlaban de todas las prácticas tradicionales de la Iglesia, etc... Por ello nuestro héroe se levantó con fuerza y celo contra ellos.

Se habían infiltrado hasta en los mismos seminarios y no pocos sacerdotes habían caído en sus redes.

El joven Luis María trató de desenmascararlos y les atacaba de noche y de día en sus fogosas misiones y en sus preciosos libros. Por esto ellos le habían declarado guerra mortal. Decían:

—«Tememos más al abate Grignon de Montfort que a todos los demás sacerdotes de la diócesis. Donde está él no podemos hacer nada...»



¿Misionero a Ultramar?

Me imagino que eres un muchacho, joven y despierto, pero a pesar de tu juventud ya te habrás preguntado más de una vez:

—«Cuál será mi vocación? ¿A dónde me llamará el Señor? ¿Dónde querrá El que le sirva mejor durante toda mi vida?»

Pues mira, también nuestro Padre Luis María dudaba de su vocación y a pesar de ser sacerdote todavía no sabía con claridad cuál era el camino definitivo o mejor dicho en qué clase de apostolado le quería el Señor para serle más útil para la causa de la salvación de los hombres...

En Poitiers se entregó al cuidado de los enfermos. En Nantes y otras diócesis lo hizo como «atacante» de la herejía jansenista...

En París volvió a ser capellán del enorme hospital de La Salpetiere donde según él había más de cinco mil enfermos. Aquello era un mundo de miseria y de injusticias. Por atender y vivir la caridad... una vez más fue expulsado de aquel centro donde tanto bien hacía. Fue así:

Porque decía la verdad a los dirigentes de las injusticias que se cometían y de los atropellos de que eran objeto aquellos pobres enfermos... un día al ir a comer se encontró bajo su plato la orden de que era despedido de aquel centro...

Marchó a Roma para ver si una vez más el Papa aprobaba lo que él llamaba su vocación desde siempre: Ir a las misiones a Ultramar para evangelizar a las gentes que no conocían a Dios...

Lo recibió el Papa Clemente XI el 1706:
—«Santo Padre, vengo a pedir su bendición para ir a las misiones y gastar mi vida por Cristo...

—Hijo mío, le contestó el Santo Padre que ya había oído hablar del celo que desplegaba en toda Francia aquel joven sacerdote que tenía a sus pies —su misión es quedarse en Francia y predicar el evangelio y defender la doctrina de la Iglesia...»



Este es tu sitio

Parece como si cada uno hayamos sido hecho por el Señor para llenar un vacío en el mundo. Sobre todo este se deja apreciar en algunas personas que han marcado huellas en la historia de la humanidad.

Lo cierto es que todos hemos sido creados para que embellezcamos el mundo en un punto determinado con nuestro granito de arena aunque nos parezca que somos algo insignificante...

hay duda de que el Señor tenía destinado a Luis María para ser un GRAN SACERDOTE MISIONERO en su Patria y para regalar a la Iglesia con sus maravillosos escritos, sobre la Virgen María especialmente...

Ya recién ordenado sacerdote notó él un gran deseo en su alma... Escribía a su buen amigo Leschassier:
—«Mira, me parece un milagro. Desde que estoy aquí no paro un momento. Paso muchas horas en el confesionario.

Yo mismo me admiro de cómo el Señor cuida tanto de mí pues me da inteligencia para saber discernir lo que antes no entendía y facilidad de palabra sin apenas haberme preparado para hablar de Él y de la fe... Todos me quieren y me ensalzan... Por ello temo que me vaya a perder si llego a dejarme morder por la vanidad o el orgullo...»

Estas palabras que escribe recién ordenado sacerdote las irá acrecentando con el correr de los años hasta que llegue a ser un celoso y famoso misionero que recorrerá toda la geografía de Francia predicando a Jesucristo y a su Santísima Madre...

Bien se le podía apellidar como el «martillo de los herejes» a los que atacará de modo rotundo, mostrándole sus errores.

Por ello aunque a primera vista le parezca que ha fracasado porque su ilusión era ir a misiones, a países lejanos... ahora ve que es una verdad lo que le dijera el Papa: «Tu sitio es aquí...»



«Ninguna Cruz... ¡Qué gran Cruz!»

—¿Verdad que sabes lo que es la cruz con minúscula y con mayúscula?

—La cruz con minúscula llamamos a las pruebas y sinsabores que nos toca sobrellevar en esta vida, en este «valle de lágrimas» como le decimos a la Virgen en la Salve.

La Cruz con mayúsculas es la que llevó nuestro Señor hasta el Calvario y en la que fue crucificado por nuestro amor y para redimirnos de nuestros pecados.

La cruz como cruz, el dolor como dolor, si no es por motivos sobrenaturales y uniéndolo a la CRUZ de Jesucristo sería una gran aberración. Sufrir por sufrir sería una herejía, un masoquismo... Pero sufrir por amor a Jesucristo, para unir nuestro dolor al suyo... tiene un valor inconmensurable... casi infinito...

Todos los santos han amado las cruces y se han abrazado a ellas con gran amor... ha habido algunos santos que cuanto todo les salía bien y no tenían cruces se volvían al Señor y le decían con cariño:

—«¿Pero Señor, a dónde te has ido? ¿Por qué ya no te acuerdas de mí y me envías cruces para sufrir por ti?...»

El santo cura Luis María cargó con no pocas cruces desde la cuna hasta el sepulcro. El Señor le llevó por el mismo camino que llevó a su Hijo Jesucristo...

Cruces en su hogar, cruces entre sus compañeros de sacerdocio por la herejías jansenistas, cruces entre los enfermos, cruces viviendo sin techo ni comida mendigando de puerta en puerta, cruces porque veía que Jesús era blasfemado y ultrajado, cruces de no ver satisfechos sus deseos de ir a misiones...

Cruces cuando le acusaron de hereje y cuando Luis XIV Rey de Francia mandó destruir todo el magnífico edificio que había levantado para su obra...

Él no podía vivir sin cruces. Por eso solía decir:

—«Ninguna cruz; ¡qué gran cruz!...»



La Reina de los Corazones

La Virgen María lo era todo para él... En el convento de los fervorosos carmelitas de Rennes y ante la Virgen de la Paz, la que le invitó a ser sacerdote... aprendió de aquellos hijos de la Virgen la doctrina mariana del Ven. carmelita Miguel de San Agustín (+1684) sobre la vida profundamente mariana de: «Hacerlo todo en María, con María, por María y para María».

Después él en sus maravillosas obras, sobre todo en dos de ellas, que han sido las más difundidas por todo el mundo y las que más influencia han ejercido en todas las almas: La Verdadera Devoción a la Virgen María y El Secreto de María... extenderá esta doctrina tan bella...

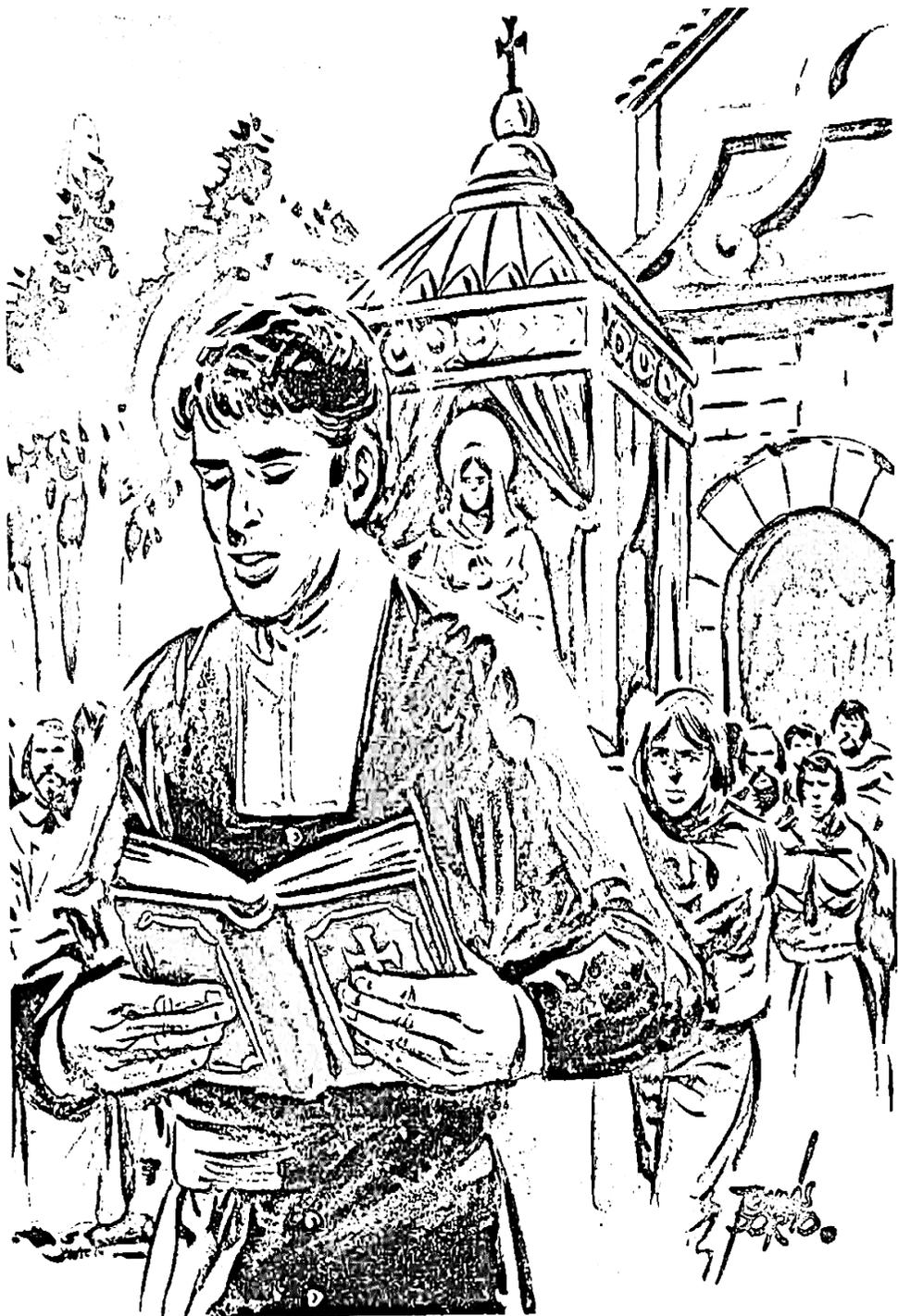
Grande fue Grignon de Montfort por sus predicaciones sobre todo y nos podemos preguntar...

—¿A qué se debía aquella fama y aquellos prodigios que obraba con su ardorosa palabra?... Sus misiones eran arrebatadoras...

—Las contestaciones podían ser varias: Su gran celo, su fogosa oratoria, los medios de que se servía: procesiones, cantos, —se dice que compuso más de 24.000 versos sólo para ser cantados en las misiones... pero sobre todo no hay duda de que el medio más eficaz era este:

—Llevaba consigo siempre una estatua de la Virgen María a la que llamaba cariñosamente la «Reina de los Corazones»... y a todas partes donde iba la colocaba ante su vista y ante todos los fieles: confesionario, púlpito, plazas, calles y en todas las casas donde lo recibían.

Una vez usados todos los resortes que le proporcionaba su ingenio y ardoroso celo... cuando ya creía que aquello no marchaba... acudía como último y seguro recurso a la ayuda de la MADRE REINA DE LOS CORAZONES... y la victoria era un hecho... La gracia ya estaba alcanzada.



El fundador

En todas las épocas de la Iglesia y del mundo ha habido y seguirá habiendo muchas necesidades...

El Señor en su Divina Providencia va suscitando hombres y mujeres que se encargan de arreglar o enderezar estos entuertos del pobrecito mundo...

A estos hombres que fueron adornados con un carisma especial los llamados normalmente FUNDADORES porque el Señor les dotó de una gracia especial para que su obra no terminara con la muerte de su persona sino que la siguieran sus «hijos espirituales» para bien de la humanidad y esplendor de la Iglesia...

Uno de estos grandes hombres fue San Luis María.

Nos podemos preguntar: ¿Cómo y por qué fundó varios Institutos nuestro Santo?

—Para dar continuidad a su obra que veía era obra de Dios.

Cierto día uno de los sacerdotes que le acompañaba en sus correrías misionales, le dijo:

—«Padre, ¿porqué no escribe unas Reglas o Estatutos para que nos agrupemos en torno suyo como hicieron San Francisco, Santo Domingo y tantos otros Santos fundadores?

—Hijo mío, yo no tengo el carisma que ellos tenían. Yo soy un pobre pecador y un ignorante. ¿Cómo me voy a atrever yo a tal cosa?».

Pero el Señor le inspiró y empujó a ello y nos ha dejado además de preciosa doctrina espiritual y una vida llena de milagros... a estos Institutos que perpetúan su obra:

—Sacerdotes de la Compañía de María o Monfortianos que están extendidos por todo el mundo y se dedican a las misiones como su Padre.

—Las Hijas de la Sabiduría...

—Los Gabrielistas o Hermanos de San Gabriel...



Apoteosis...

Hay un refrán latino muy bonito y real a la vez que dice: —«Cual la vida, tal la muerte». Y otro: «Como sea la muerte, tal será la suerte...»

La vida de nuestro héroe fue una maravilla. Maravilla de amor a Dios y a los hermanos. De entrega a ellos sin peso ni medida. Sin preocuparse nada de sí mismo... Por ello se desgastó tan pronto aquella naturaleza tan fuerte...

El sentía morir antes de que sus fundaciones —las de sus Institutos religiosos— estuvieran un poco más maduras ya que eran tan recientes... Le pidió consejo a la Madre del cielo y quedó consolado al ver que Ella, Madre bondadosa, aceptaba ser la verdadera Madre de aquellos Institutos que él había colocado bajo su amparo y protección.

En varias ocasiones se había consagrado y hecho esclavo de María. Esta misma devoción será uno de los regalos que él dejará en herencia a toda la Iglesia.

Ahora veía acercarse ya su hora. Tenía nada más que cuarenta y tres años y tres meses cuando el Señor lo llamó el año 1716.

Había pedido que cuando muriera, su corazón fuera colocado bajo el altar de Santísima Virgen María. Este era su Testamento que sellaba una vida totalmente consagrada a su amor y a su servicio.

Predicó hasta el día anterior a su muerte...

Antes de morir llamó a sus «hijos e hijas» y les dijo: —«Hijos míos, amen al Señor y a su Madre. Vivan su consagración... Sean fieles a cuanto han prometido... Desde el cielo pediré por ustedes... Cuando expire coloquen mi corazón debajo de la tarima del altar de la Virgen María...»

Más de cien mil personas acudieron de todas partes a venerar aquellos sagrados despojos...